

ALAN BERLINER: EL DOCUMENTAL FRENÉTICO



El documentalista Alan Berliner durante la Muestra Internacional Documental

Hablar de Alan Berliner, es hablar de tantas cosas que no se pueden precisar en una sola palabra. Ya sea de sus películas, de su personalidad rigurosa y algo psicorígida, de su forma de ver el mundo y *su* mundo, incluso de su página en Internet. Quizá el trabajo de Alan Berliner es “paranoico” y “obsesivo” (en el buen sentido de las palabras) tanto como lo es él mismo.

Podríamos decir que la conferencia *Intimidación pública: ¿a quién le importa?*, que tuvo lugar el miércoles 19 de octubre en la Cinemateca Distrital en Bogotá, en el marco de la Muestra Internacional Documental, fue todo un *happening*. Allí Berliner expuso su trabajo, su propia persona y la forma en como ve el cine documental, con la participación activa de espectadores, entre los cuales se hallaban apasionados del cine, realizadores y estudiantes de carreras relacionadas con la profesión audiovisual. El ritmo de la sesión fue dinámico, frenético, delirante, todo acorde con la presentación del documentalista estadounidense, quien nos reveló su pasión por el género documental.

Lo primero que llama la atención de Berliner es su profunda obsesión por lo privado. Sus películas son una amplia reflexión personal de aquello que le inquieta, de todo lo que le causa curiosidad, y por tanto casi siempre giran en torno a su círculo familiar. “*Es como trabajar en un jardín*”—afirma el documentalista—comparando la forma en como se siembran, riegan y cuidan las flores con la relación de afecto y cuidado que se les dedica a los miembros de la familia. Berliner menciona constantemente la metáfora del “espejo”. Para él sus películas son personales, privadas, subjetivas, pero sus pretensiones no son de tipo narcisista; más bien está seguro de que constituyen un espejo ante el espectador: es permitirle al espectador verse reflejado en sus películas. “*Estoy explorando un tipo de subjetividad en la que la pantalla se vuelve espejo*”.

En este sentido Berliner es un fiel investigador de la vida y la realidad. El tratamiento de sus temáticas, por ser tan subjetivo, se vuelca hacia lo cotidiano, el día a día, la diaria condición de la vida humana. Partiendo de sí mismo, de su propia realidad (incluso el

narrador de sus películas es él mismo), el espectador puede ser capaz de generalizar, al menos proporcionadamente, lo particular de lo que se habla.

En *Wide awake* (2006), Berliner nos narra su problema de insomnio durante las noches y como esto perturba su vida en derredor. *The sweetest sound* (2001) parte de la incomodidad que siente el autor por su nombre *Alan Berliner* e interesado en su origen, investiga la relación entre los nombres que los padres asignan a sus hijos y la identidad que luego adquieren. *Nobody's business* (1991) recopila la historia y memoria de su familia partiendo de la relación con su padre. *Intimate stranger* nos revela la vida de Joseph Cassuto, abuelo materno del autor. Pero más allá de lo evidentemente personal y subjetivo de las historias de estos documentales, Berliner busca revelarnos la vida, la condición común que tenemos todos los hombres.

Una particularidad que tiene este documentalista, es el uso frecuente en sus películas de imágenes provenientes de lo que él llama “películas huérfanas”, aquellos filmes caseros desde los años 20’ hasta nuestros días, que constituyen una memoria para la humanidad, “*Todo filme nos cuenta la vida*”, afirma el realizador. Para él, toda memoria audiovisual nos relata las formas de vida, costumbres, pensamientos, estilos, parafernalia, concepciones y modos de existir de las personas. “*Creo que todas las películas tienen un trasfondo antropológico...nos enseñan acerca de nosotros mismos... Creo que todas las películas debieran estar en un museo como archivos sobre la vida humana y el pensamiento*”. Por ello quizá, Berliner se obsesiona a menudo con todo tipo de cosas. En *Wide awake*, Berliner nos muestra lo que es capaz de hacer cuando no puede dormir. Con una gran velocidad y un ritmo frenético, Berliner se muestra hiperactivo: nos conduce a su sitio de trabajo y nos explica una a una todas las cosas que colecciona o “salva” para hacer sus películas. Desde campanas con distintos sonidos, hasta partes de relojes, latas de películas huérfanas distribuidas, ordenadas y clasificadas por colores, apuntes en hojas de colores sobre ideas para su próxima película., los cajones de sus mesas debidamente marcados, colecciones de sonidos y efectos, fotografías, álbumes familiares.

Por supuesto, este orden estricto que demuestra tener el documentalista no es gratuito: constituye la materia prima para el montaje. Berliner es un documentalista de la velocidad. Su colección de imágenes y sonidos le permite sentarse a editar las películas a su antojo, partiendo de todo tipo de elementos. Para Berliner el montaje es un ensamblaje, pero también una elección: “*Tú editas cuando te cambias, cuando piensas, cuando lees*”. Se trata de “decidir” y la elección siempre implica un rechazo. Partiendo de sonidos, fotos, imágenes, datos, “cositas”, ensambla sus películas: “*Quiero ir a la velocidad de mi pensamiento*”. Sin embargo, trata de contar algo, de hablar con la intención de ser entendido.

Para Berliner el trabajo de montaje no sólo lo realiza él. La relación que pretende con el espectador es la de la reacción. Indudablemente Berliner sabe que tratar un documental con temáticas personales tiene sus riesgos. Pero aclara que lo único que pretende es que el espectador sonría, que le crea de alguna forma y que se mantenga viendo la película. “*Yo soy responsable de mostrar mi propia vida en la pantalla para que el espectador ensamble, se apropie a su manera*”. En este sentido, a Berliner no le preocupa que el público esté esperando a un personaje “famoso” o al menos común en el imaginario social. Para él no

existe el anonimato: todos los personajes son importantes porque vienen de algo atrás. Si las películas caseras con las que trabaja dan cuenta de la cultura de su época, las películas que él hace, también.

Berliner contó durante la sesión, que también trabaja en las artes plásticas. El contacto con la videoinstalación y la videoescultura es constante. Le interesa la interactividad, esa posibilidad de que el espectador también intervenga, reaccione y actúe. Según nos cuenta, ha realizado videoinstalaciones para distintos museos en los que proyecta sus propias películas. En este sentido, Berliner se ha adaptado fácilmente a las nuevas formas del arte contemporáneo. La velocidad, lo múltiple, interactivo, el collage, predominan en sus obras. Sus películas tienen ese carácter contemporáneo del arte que busca lo mixto, lo experimental y lo dinámico. A menudo sus películas son grandes collages de elementos, desde imágenes que no tienen que ver con el argumento hasta breves animaciones de objetos, efectos, sonidos intervenidos, etc. En sus películas podríamos bien apreciar la realidad pura (entrevistas, reacciones de los personajes filmados, registros) o la puesta en escena (búsqueda de situaciones particulares, diálogo con el espectador). Ambas formas se conjugan en una sola para derivar en algo que por momentos parece ficción.

Indudablemente Berliner es un artista postmoderno. Desde sus temáticas, que son de tipo personal, hasta la extensión del uso de todo tipo de recursos y lo heterogéneo y provocador de sus trabajos, su obra se relaciona con el estado del arte del siglo XXI. No puede negarse que la revolución tecnológica por la que estamos atravesando, no sólo facilita las cosas sino que la variedad de formatos, la experimentación y la libertad para “hacer” han transformado de una manera asombrosa los discursos, los códigos de procesamiento de la información, la interacción con el que “ve”, los puntos de vista y la apropiación personal de cada quien.

Si la conferencia dictada constituyó una especie de *happening*, fue porque el realizador, a la velocidad de su pensamiento hablaba del cine que ama, de sus ideas, de su vida, sus personajes, de sus psicosis diarias, y de todo tipo de temas, pero a la vez permitiendo la interacción con el público, la crítica y el debate. Por ello también, Berliner se circunscribe en el ámbito de un cine fresco y siempre cambiante. Sin embargo, su trabajo no deja de recordarnos las películas de Michael Moore con *Bowling for Columbine* y *Fahrenheit 9/11* y de realizadores como Morgan Spurlock con su película *Super size me* en las que el eje central de la obra se trata de “el yo”: *yo soy así, yo me intereso por tal o cual cuestión, yo investigo sus causas, yo me apropio de lo que encuentro, yo te lo enseño*. A lo mejor Berliner va mucho más allá que los realizadores mencionados. Sus películas no demuestran ser pretenciosas, no parecen querer “el boom” en los medios de comunicación y la opinión pública. Se trata de un discurso más privado, más íntimo. Sin duda se trata de una especie de megalomanía, pero que en todo caso nos conmueve y nos invita a reflexionar sobre nuestro propio existir.

Diana Lowis

Teoría e historia de los medios audiovisuales IV

Escuela de Cine y Televisión

Universidad Nacional de Colombia